

Algo como un gato

Me quedé dormido junto a ella. Ya habíamos compartido su cama antes, pero nunca para dormir. En algún momento del cual no me percaté, comencé a soñar.

Soñé que estaba acostado junto a ella, pero dentro de una piscina vacía. Era una piscina al aire libre, similar a la piscina de la casa de una amiga con quien me gradué del colegio. La piscina parecía ser parte del área social de un edificio infinito, pues si miraba hacia el cielo desde el fondo vacío de la piscina, veía a mi derecha un edificio que se extendía infinitamente hacia arriba, atravesando el cielo como una enorme lanza de cemento. El edificio estaba pintado en bloques monocromáticos de blanco hueso, de gris oscuro y de turquesa; se asemejaba a un edificio que vi de niño por la ventana de mi bus escolar. No sé por qué percibí que el edificio, la piscina vacía, ella y yo estábamos cerca de una bahía. Ella se veía, se sentía y olía tan atractiva como siempre. Menciono su olor porque era lo que más me atraía hacia ella; un olor que era una mezcla de dulzura floral y peligro cítrico; un olor que se parecía a ella. Estaba recostada sobre mi pecho, dormida, su cálida mejilla posada sobre mi corazón y su cabello negro derramado sobre mi torso. Su cuerpo era caliente y la brisa era fresca. Debía ser temprano en la mañana, pues aún no se veía el sol. El cielo de pocas nubes estaba pintado con tonos tenues de azul, gris y lila. Yo permanecía acostado, mirando el cielo, respirando la brisa mañanera y el aroma de ella, notando cómo se sentía mi cuerpo con y contra el suyo. Sé que no me incomodaba la superficie de cemento del fondo de la piscina porque recuerdo sentirme tan cómodo como en mi cama. En otro momento del cual no me percaté, el sueño se transformó en una pesadilla.

Aún dentro de la piscina vacía, sentí en el pecho una fugaz y premonitoria pizca de miedo, como la que imagino sienten los perros antes de un terremoto o de un tsunami. Súbitamente, ella abrió los ojos. Se alejó un poco. Comenzó a contorsionarse. Su espina dorsal se doblaba. Su boca

espumaba y gruñía con dolor. Preocupado y acercándome a ella le pregunté qué pasaba, acariciándole el cabello para intentar calmarla. No me respondió. Sentí el dolor de la impotencia; me dolía verla sufrir de una forma tan cruda y no poder hacer nada. Recordé los momentos en los cuales le había tocado a ella ser testigo de mi sufrimiento. Sentí gratitud y determinación para ayudarla. Le pregunté repetidas veces qué pasaba, sin recibir respuesta —ni siquiera sé si me podía escuchar—, hasta que se me hizo obvio lo que pasaba, aunque no fuese lógico. Era una mutación. Su cabello se tiñó color tierra y comenzó a cubrir todo su cuerpo. Ella seguía gruñendo, pero ahora más con ira que con dolor. Me empujó con fuerza. Sentí miedo. Me levanté y corrí lejos de ella para salir de la piscina, pero no había cómo. La piscina carecía de escaleras y era demasiado honda para poder saltar y alcanzar el borde. Recordé sin razón a mi bisabuela en una silla de ruedas, mirando su reflejo en un espejo largo, enseñándome a decir palabras sucias. Me quedé congelado frente a la pared de la piscina, mirando el borde demasiado alto, sabiendo que no iba a poder salir. Ya no la escuchaba gruñir. Me sentí observado. Me volteé. Me miraba fijamente. Se había convertido en «algo».

No se parecía a nada que conociera. Era algo salvaje, cuadrúpedo, con pelaje color tierra, ojos amarillos serpenteados, dientes de tiburón y garras que parecían cuchillos de piel. Sentí terror. Recuerdo haber pensado que seguramente en el edificio infinito habitaría un número infinito de personas, pero presentía que nadie me ayudaría. Pensé también que no sería buena idea intentar suicidarse saltando desde los pisos más altos de un edificio infinito... Demasiado tiempo en el aire para cambiar de opinión. Este último pensamiento me causó gracia. Me pegué a la pared de la piscina y miré hacia el borde alto como esperando el milagro de que apareciera una escalera. Por supuesto, esta jamás apareció. No me avergüenza admitir que quería llorar del miedo; pero, por razones que desconozco, no pude. Me vino a la memoria querer llorar y no poder cuando en un

accidente de mi infancia un lápiz se me enterró en el cuello; incluso recordar el accidente me dio y aún me da más ganas de reír que de llorar. Decidí que iba a escalar hasta el borde. Fue entonces cuando me percaté de que estaba descalzo. Mis manos se resbalaban sobre el cemento liso de la pared y lo mismo con mis pies. Seguí intentando escalar sin éxito hasta que sentí dolor, primero en la planta de ambos pies y luego en la palma de ambas manos. El dolor era exactamente igual al que sentía cuando jugaba tenis por demasiado tiempo. Me rendí. Me doblé y puse las manos sobre mis rodillas. Respiré. Había comenzado a sudar. Mientras veía mis manos, una gota de sudor de mi frente se colgó de alguna pestaña y parpadeé para dejarla ir. Cayó al suelo de la piscina. Miré la gota muerta y pensé: bueno, ya llevo una gota; millones más y salgo de aquí nadando. Me levanté. Me volteé. El «algo» no se había movido. Todavía me miraba fijamente. Su cuerpo se inflaba y desinflaba según el ritmo de una respiración violenta. Quitó la mirada y miró hacia el edificio infinito. Tomó impulso doblando sus cuatro extremidades y saltó con tanta fuerza que sentí un golpe de viento.

El salto terminó con las garras del «algo» enterradas en la pared del edificio, desde el cual se divisaba la piscina —calculo que unos veinte pisos por encima de donde yo estaba petrificado. Volteó su cuello y me miró. Incluso desde lejos pude distinguir sus ojos amarillos. Me di cuenta de que eran del mismo color amarillo que el de mi bus escolar. Me extrañó que pudiese existir algo como el «algo» en una mañana tan plácida y hermosa. Durante un momento de ridiculez, intenté saltar como el «algo» a ver si lograba salir de la piscina. Pero sólo me elevé medio metro. Recordé cuando en la escuela en la clase de gimnasia aprendí a ejecutar el «salto largo», que en mi caso sería más preciso apodar «salto corto», porque por suerte no salté hacia atrás. La mirada del «algo» se intensificó. No sé por qué, pero supe que yo iba a morir. Le devolví la mirada. Recuerdo haberle perdido el miedo a la muerte al saber que ya venía por mí; tal vez no le temía a la muerte sino a la

incertidumbre que la rodea. El «algo» desenterró una de sus extremidades de la pared del edificio —supongo que para verme mejor— y vi llover piedritas de cemento desde donde sus garras habían estado enterradas. El «algo» tomó impulso y saltó desde el edificio hacia la piscina vacía, hacia mí. Recuerdo ver cómo el «algo» se acercaba velozmente. Recuerdo notar, en mi campo visual, cómo el cielo se hacía más pequeño y el «algo» se agrandaba. Con la velocidad de unos veinte pisos de caída libre, el «algo» cayó encima de mí, enterrándome sus garras en los espacios infinitésimos que separan mi piel de las uñas en mis manos. Nunca había sentido un dolor tan punzante, tan profundo. El dolor llenó todo mi cuerpo. Mi respiración se aceleró y luego se alentó. Los ojos amarillos parecían disfrutar mientras me miraban sufrir de cerca. Me sentí morir.

Desperté.

Me senté en la cama. Estaba aterrado. Supe que era de madrugada. Lo único que acompañaba al silencio era algún búho vocalizando desde algún árbol. Mi respiración era rápida, casi hiperventilada. Mi corazón se estrellaba contra la pared interior de mi pecho. Estaba empapado en sudor, pero sentía frío. Ella estaba ahí, dormida, demasiado caliente; su calor me hastiaba. El recuerdo del dolor era tan real como lo había sido el dolor y por un instante volví a sufrir; a veces el recuerdo se siente como lo que se recuerda. Ella seguía durmiendo, inofensiva. Yo estaba agotado. Me escabullí de la cama, con cuidado, para no despertarla. Caminé de puntillas hacia su baño, cuya puerta estaba a sólo unos pasos de su cama. Casi me caigo con los zapatos que dejé puestos al pie de la cama, pero por suerte retuve mi balance y no hice ruido. Abrí la puerta del baño suavemente y, una vez adentro, la cerré como en cámara lenta. Encendí la luz. El búho dejó de vocalizar; supuse que le había dado sueño porque ya era temprano. Me miré en el espejo. No tenía camisa. Frente al espejo y el lavamanos, abrí la llave del agua fría. Hice una copa con ambas manos. Puse la copa bajo el chorro de agua. La vi llenarse. Me acerqué a la copa llena y la vacié

en mi cara. Me hacía falta. Hice lo mismo algunas veces más. Cerré la llave del agua. Me sequé la cara y las manos con la toalla de ella. Recuerdo querer escaparme de ese baño y de ese apartamento, sin avisar, sólo para poder secarme con mi propia toalla. Acomodé su toalla y apagué la luz. Salí del baño y dejé la puerta entreabierta para evitar hacer ruido. Esquivé mis zapatos. Me escabullí de regreso a la cama, bajo las sábanas. Su cuerpo aún estaba demasiado caliente, así que me alejé un poco. Cerré los ojos. Dormí mal.

En la mañana, cuando tanto ella como yo habíamos despertado, fuimos de la cama a la cocina para desayunar. Un pájaro afuera del apartamento cantaba una simple melodía en una escala mayor; si mal no recuerdo, cantaba *fa-la-sol* una y otra vez. La luz del sol recién nacido entraba por la ventana y llenaba la cocina. Decidimos que íbamos a hacer *waffles* de desayuno. La verdad es que me provocaba más comer huevos revueltos con queso amarillo y jamón, pero yo no había comido *waffles* en años y quería recordar su sabor. Mientras agrupábamos los ingredientes necesarios sobre el mostrador a un lado de la estufa, ella me preguntó cómo había dormido. Le mentí diciéndole que había dormido bien. Le pregunté lo mismo. Me dijo que ella también, aunque había soñado que se había convertido en «algo como un gato». Agregó que no se acordaba del resto del sueño. Fue lo último que compartió conmigo, pues le dije que le agradecía por todo lo bueno que me había dado, pero que no quería volver a verla. Me despedí con un beso honesto en su mejilla y salí del apartamento. No mire atrás así que no sé cómo reaccionó; pero como no dijo nada y no me siguió, supongo —o me gustaría suponer— que parte de ella sabía que era lo correcto. Ya afuera de su apartamento, comencé a caminar hacia mi carro. Recuerdo la brisa fresca y cómo acariciaba mi cara en esa caminata. Recuerdo el sol que más que caliente era cálido, como un abrazo de buen amor. Recuerdo que escuché la melodía del pájaro muy cerca y recuerdo también que no pude encontrarlo, a pesar de que lo intenté. Recuerdo la culpa que sentí por haberme ido

así; no quería lastimarla. Recuerdo el alivio que sentí al entrar en mi carro y poner mi música preferida. Bajé las ventanas y conduje con calma, frenando ante las luces amarillas que me mostraron algunos semáforos, para demorarme y disfrutar de la brisa y del trayecto. Al llegar a mi apartamento, entré a mi habitación. Me dejé caer sobre mi cama. Abracé mi almohada. Dormí profundamente hasta la noche.

Lo último que supe de ella fue que le dijo a su gente que nos dejamos porque estoy loco y porque la engañé con otra mujer. Nunca la engañé y la dejé más por intuición que por locura. Supe también que estaba viéndose con un tipo quien ella siempre me decía era sólo un amigo. Y yo, bueno, sigo soltero... pero duermo bien. No he tenido más pesadillas.